

Hannah Carter  
 Profe. Pablo Natale  
 IGL  
 17 Noviembre 2023

### Los Llanos

El amor, incluso el amor feliz y sin traición, siempre es doloroso de alguna manera. Raramente es algo totalmente cómodo que no lleve ningún tipo de ansiedad. En mi opinión, es porque el amor significa cambio. Cambios buenos, cambios malos. Cambios de emoción, de cómo uno duerme, de estilo de vida, de casa, de apellido. Cuando amas, vivís por otro, en otro. No es posible salvar todo de sí mismo cuando amas. Podés intentarlo, pero es siempre un fracaso. Una parte de tu alma, de tu mente, de tus hábitos muere para dar la entrada a otra persona. Por esa razón, el amor te duele. Es un riesgo cambiar tu vida para juntarla con alguien más. Sin embargo, la razón por la que corremos estos riesgos y soportamos estos cambios es el fuerte propósito que llevan: la felicidad con la otra persona, la felicidad de nuestra relación; y no hay nada más doloroso cuando todos esos riesgos y cambios parecen haber sido inútiles y sin sentido.

Cualquier ruptura es difícil. Una ruptura que nos parece que no tiene razón, que nos deja sintiéndonos abandonados, es insoportable. No solo cuestionamos todo sobre la relación, sino que cuestionamos todo sobre nosotros mismos. Reflexionamos durante horas y horas todo lo que nuestra mente toca. ¿Cuál es nuestro propósito en el mundo? ¿Qué valor tienen nuestras experiencias y cómo las contamos? Estas son las cosas que empezamos a preguntarnos. Así, de algo tan doloroso surge algo bastante profundo.

El protagonista de *Los Llanos*, una novela del escritor cordobés y amigo de Pablo Natale, Federico Falco, está viviendo esta realidad. Su novio, Ciro, terminó su relación de una manera que dejó a nuestro protagonista lleno de preguntas y sintiéndose perdido más allá de toda medida:

“Durante esas primeras semanas en el departamento prestado, yo apenas si dormía. Un par de horas, como mucho, cada noche. Sueños entrecortados, intermitentes... Mi mente rumiaba. Pensaba una y otra vez lo mismo. Todo lo que había salido mal, el no entender que había pasado, el no entender por qué.” (Falco, Febrero)

Sin embargo, aunque está sufriendo muchísimo, él no trata de seguir adelante de su dolor distrayéndose o llena su tiempo con innumerables actividades. En lugar de eso, tiende a una huerta y escribe. “En la ciudad se pierde la noción de la horas del día, del paso del tiempo. En el campo es imposible,” nos dice en el principio de su historia (Falco, Enero). No solo disecciona su relación pasada, sino a sí mismo y al mundo que le rodea y su relación con ella. Para nuestro protagonista, escribir no solo es una profesión ni una manera de pasar el tiempo; es la manera para reconciliarnos con nosotros mismos. “Contar una historia cambia a quien la cuenta,” dice.

*Los Llanos* es una novela de no sólo cómo el sufrimiento nos cambia, sino cómo podemos controlar la manera en que cambiamos. Para mí, esta relación entre el protagonista, su dolor, y la paz de la huerta y la tierra donde vive es mi relación con Córdoba. No experimenté la

pérdida de un amante gay, pero sí me vi a mí misma en él, en su historia. En primer lugar, porque sus descripciones de la huerta y la naturaleza circundante en Córdoba eran de cosas que yo había visto –las iguanas, las hormigas comiendo plantas de zapallo y tomate, las gallinas y palomas por todos lados, y todos los árboles y verduras de la región. Segundo, porque desde mi llegada en julio, he pasado una cantidad considerable de tiempo sola.

Argentina no fue nada de lo que esperaba. No sé qué buscaba antes de llegar aquí, pero no fue lo que encontré. También experimenté muchos problemas en mi propia relación con mi novio poco después de llegar y varias luchas dentro de mi familia. Ya fueran asuntos personales o circunstancias, estaba preocupado y buscaba un respiro en la soledad. Después de un tiempo, me di cuenta de que no tenía ni idea de por qué había venido a Sudamérica y había dejado a todos los que amaba. Ni siquiera sabía quién era. Quería encontrar algo de lo que enamorarme, algo en lo que envolverme; pero no encontré nada. Empecé a reflexionar sin propósito, a pensar sin objetivo. Estaba acostumbrado a que todo pasara rápido, y en Córdoba parecía que no pasaba nada. Como nuestro protagonista, quería “todo ya. Todo ahora. Todo crecido. Todo perfecto” (Falco, Marzo); pero mi mente era como los paisajes vacíos del campo, como una huerta sin productos.

Hasta el día de hoy seguiría diciendo lo mismo sobre mi experiencia. No he encontrado nada que me cambie la vida durante mi tiempo aquí. Solo silencio. Sin embargo, tal vez eso es lo que se suponía que debía encontrar todo el tiempo. El silencio de yo y la tierra, de yo y Córdoba. Tal vez Argentina me rompió el corazón por no ser lo que creía que necesitaba. Tal vez rompí mi propio pensando que un lugar que sabía tan poco de mí como yo de él podría proporcionarme algo concreto en absoluto. O, tal vez, Argentina me dio algo que nunca podría haber recibido en ningún otro lugar. Quietud. Yo y mis pensamientos, solos, en los llanos de mi mente.